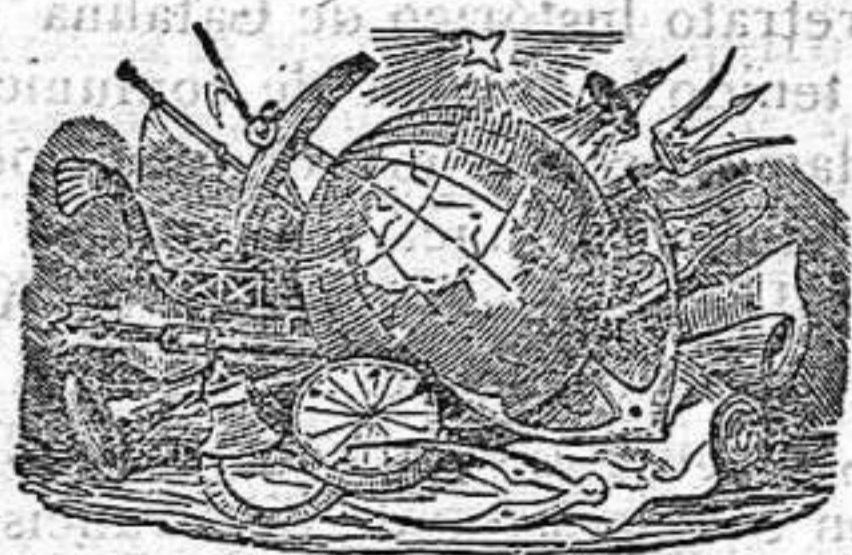


— PALMA CEN —



DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

JUEVES 26 DE DICIEMBRE DE 1844.

LITERATURA.

Hemos leído con verdadero gusto el tomo primero del *Diccionario biográfico de Mujeres célebres*, obra que hace seguramente honor á su apreciable autor el Sr. D. Vicente Diez Canseco, escritor público distinguido, y que de hoy mas ocupará un lugar señalado en la república literaria. Un trabajo inmenso de erudición que descubre sin hacer enojosa gala de ella, una sencillez de lenguaje que no excluye ni la elegancia ni la dignidad, un orden notable en la historia de los sucesos políticos que ha conseguido presentar con suma claridad á los ojos de sus lectores, y una elección acertadísima de los personajes que figuran en su galería de retratos, dan á las *Mujeres célebres* toda la variedad y el interes de la novela al lado de la enseñanza y la utilidad de la historia. ¿Y quién no reconoce la influencia inmensa que han tenido las mugeres en los destinos de los pueblos? Isabel la Católica, Isabel de Inglaterra, María Teresa de Austria, Catalina de Rusia, ¿no son las soberanas bajo cuyos reinados sus imperios viéronse engrandecerse y ocupar el primer puesto entre las naciones del globo?

Seguramente este libro será leído con gran afición por toda clase de personas: los aficionados á los estudios históricos verán en él un trabajo concienzudo; los amantes de la variedad pequeños cuadros, en los que cual en un drama se representan los sucesos mas notables, las páginas mas interesantes de los anales de los pueblos; las bellas, á las que tanta simpatía debe inspirar

un libro especialmente consagrado á ellas, la agitacion de la novela y las relaciones de esos grandes ó pequeños hechos pasados, ya en el gran teatro del mundo, ya en el rincon del tocador ó de la prision, y que han decidido mas de una vez de la suerte de las naciones y de los imperios.

Como una muestra de lo que vale el *Diccionario de Mugeres célebres*, publicamos en seguida el retrato histórico de Catalina de Médicis, cuadro de un gran interes, que ha tenido la bondad de comunicarnos el Sr. Canseco, y que será leído, no lo dudamos, con el mayor gusto por nuestros suscritores.

Catalina de Médicis, reina de Francia, hija única de Lorenzo de Médicis, duque de Urbina, y de Magdalena de la Tour de Auvergne y sobrina del papa Clemente VII, nació en Florencia el 15 de abril de 1519. En 28 de octubre de 1534, es decir, cuando apenas habia cumplido la edad de 14 años, se unió en matrimonio con el hijo segundo de Francisco I de Francia, Enrique, duque de Orleans; y como murió muy poco ántes que Enrique III, puede decirse que Catalina se mezcló mas ó ménos directamente en los negocios de la nacion vecina por espacio de medio siglo. Sucesivamente princesa real, esposa del rey, regente y reina madre, presenció los funerales de Francisco I, de Enrique I, su esposo, de Francisco II y de Carlos IX, sus hijos, faltando muy pocos meses para que viese tambien morir al último de estos, Enrique III. «Estraño destino (dice un escritor frances) el de aquella princesa que atravesó por cinco reinados, y que despues de haberse pasado diez años sin tener sucesion sobrevivió á dos reyes, sus hijos, y acompañó á otro hasta las puertas del sepulcro. ¡Qué de grandes cosas no hubiera podido ejecutar una muger de corazon y de genio en el curso de tan larga existencia! Pero desgraciadamente Catalina de Médicis vivió en una época de crisis revolucionaria en que se llegó á dudar hasta de la salvacion de la Francia; y léjos de poseer las cualidades eminentes de aquellos grandes personajes que saben dominar las situaciones difíciles, cuidó tan solo de aprovecharse de los acontecimientos y no de dirigirlos. Tuvo sobre todo la mala suerte de vivir en una época en que el libro de Maquiavelo, *El Príncipe*, ejercia sobre los espíritus un pernicioso influjo. La doctrina contenida en aquella obra estaba léjos de ser nueva; pero los artificios del despotismo, profesados por la primera vez en público, se encontraban en ella puestos á la disposicion y alcance de todos los ambiciosos que supieran servirse de ellos. La intencion de Maquiavelo al tomar la pluma, era por lo ménos satirizar á los reyes otro tanto como enseñar á algun príncipe el arte de crear en Italia una dictadura, que habria permitido á este pais constituir su unidad á ejemplo de la Francia, y sacudir en fin el pesado yugo de la Alemania. Pero faltó á su objeto; su libro, léjos de salvar la Italia hizo mas hábiles á sus opresores, y enseñó á los soberanos de otras naciones una política á que les conducian demasiado los incesantes progresos del materialismo. En fin, como para llegar á un objeto laudable en sí mismo no habia indicado mas que malos medios, la posteridad le ha castigado dando el nombre de *maquiavelismo* á una doctrina de que ciertamente no era el autor, pero que habia erigido en sistema, sin duda para hacerla mas odiosa. Sea que Maquiavelo hubiese querido señalar á la indignacion pública la familia que reinaba en Florencia; sea que hubiese concebido la formal esperanza de hallar en su seno el príncipe que debia reunir todos los estados y repúblicas de la Italia en un solo cuerpo de nacion y purgar este pais de la invasion extranjera, es lo cierto que dedicó su obra á los Médicis. Catalina, pues, se encontraba espuesta mas que otro alguno á la seducccion. He-

redera de su familia, adoptó como una tradición paterna, mas bien que como una novedad, los consejos de Maquiavelo, é hizo de ellos aplicacion, tal vez á su pesar, no en Italia sinó en Francia. Aprendió palabra por palabra el libro del *Príncipe*, que vino á ser su evangelio político. Desde entónces se creyó autorizada para activar la guerra civil en Francia, en lugar de mirar como un deber el sofocarla.

Nunca se habia practicado la máxima del maestro, *dividir para reinar*, en un teatro tan vasto, ni acaso por un discípulo tan hábil. Estrangera en un pais donde la ley escluye á las mugeres de la sucesion á la corona, Catalina no perdió la esperanza de aprovecharse de la anomalía que la admite en la regencia para aprovecharse del mando supremo, único objeto de su ambicion. Para reinar, usó de todos los recursos del disimulo, de la intriga y aun del crimen: para reinar, comenzó por dividir á los protestantes y los católicos, al parlamento y á la corte, á la nobleza y la clase media; despues concluyó por dar la señal para la horrible matanza de San Bartolomé; para reinar, no contenta con dividir, corromper y esterminar alternativamente á los diferentes partidos que ella misma habia aientado, dividió mas aun, corrompió á sus propios hijos, y acaso llegó hasta atentar indirectamente á la vida de alguno de ellos. Pero, gracias al cielo, los resultados de la desenfrenada ambicion de aquella muger, que ahogó en su seno hasta los sentimientos de la naturaleza, han dado á la doctrina impía que practicaba á la letra el *mentis* mas terminante. Despues de haber sido tan perseverante en el mal, Catalina de Médicis murió despreciada por el único de sus hijos que aun vivia, execrada por el pueblo frances, privada de una influencia política, y puede decirse que en la desgracia: si hubiera vivido algunos años mas, hubiese añadido otra mala accion á su vida ya llena de tantos escándalos, ó hubiera destronado ó envilecido á su hijo por el solo placer de ocupar nuevamente el poder, y por asegurarse en él hasta su última hora. Pero aun asi, y no obstante su maquiavelismo, era el juguete de sus propias ilusiones; un terrible castigo la aguardaba, é infaliblemente hubiera sucumbido, bien á los golpes de la liga, bien á los de Enrique IV, que como los coligados, tenia el brazo levantado sobre su cabeza. Catalina de Médicis no entró formalmente en la direccion de los negocios del Estado, hasta que por muerte de su hijo Francisco II, llegó á ser regente durante la menor edad de su hijo segundo Carlos IX. Hasta entónces tan solo habia representado un papel secundario: confundida, digámoslo asi, entre las otras señoras de la corte bajo el reinado de Francisco I, eclipsada largo tiempo por la célebre Diana de Poitiers en el de Enrique II, hubo de ceder el paso á María Estuardo y á los Guisas mientras duró el de Francisco II. Sin embargo, si se estudia su carácter, aquel período de tiempo, perdido en la apariencia para la ambicion, no es el ménos importante, porque rodeada de obstáculos que parecian insuperables, echó en la oscuridad los cimientos de su futura grandeza. Como se ha dicho ántes, Catalina contaba poco mas de 14 años, cuando una combinacion política decidió á Francisco I á elegirla para esposa de su hijo segundo que solo tenia algunos meses mas. Su corta edad no la permitia sacar por entónces un partido ventajoso de su matrimonio; y por otra parte la muerte del papa Clemente VII su tio, que descendió al sepulcro un año despues de verificarse su enlace, la dejó bien pronto sin apoyo en la corte.

Habia aportado al matrimonio por dote cien mil escudos en dinero constante, y las posesiones situadas en Francia, de su madre Magdalena de la

Tour de Auvergne, que valdrian otro tanto. Es verdad que el embajador de la corte de Roma habia dicho á los cortesanos que se admiraban de que no hubiese sido mas ricamente dotada: «Segun eso, no veis que ha aportado ademas tres joyas de gran valor: Génova, Milan y Nápoles.» En efecto, este era el cebo, puede decirse, que Clemente VII habia presentado á Francisco I para apartarle de la alianza de Enrique VIII é impedirle que entrase en el movimiento de la reforma. La muerte de Clemente VII dejó sin efecto la conquista de aquellas tres joyas, que en la época á que nos referimos no hubiera sido tan fácil como el mismo Francisco I creia; con todo, el matrimonio de Catalina produjo un resultado de alguna consideracion: señaló la época en que el rey de Francia cesó de fluctuar entre la reforma y el catolicismo. Es verdad que andando el tiempo se alió con los protestantes y con los turcos para defenderse de nuestro gran Carlos V; pero tampoco tiene duda que interiormente se mostró adherido á la religion católica y enemigo de la reforma. Si se hubiese unido á los calvinistas, los formidables ataques de Carlos V y las inevitables usurpaciones de la nobleza habrian causado indudablemente la desmembracion de la monarquía; desgracia de que solo pudo preservar á la Francia la conservacion de los principios de unidad real y religiosa. Asi, pues, Catalina de Médicis, prenda, por decirlo asi, de la alianza entre las cortes de Roma y Francia, manifestó al principio tanto fervor por los deberes del catolicismo, como aficion á los placeres de la caza, diversion favorita de Francisco I. Con todo, su posicion en la corte era tanto mas precaria cuanto que su infiel esposo no tardó mucho en darla una rival, y que ella misma fué estéril durante diez años. ¡Cuántas contemplaciones, cuanta astucia no hubo de necesitar para evitar el divorcio, especialmente despues que la muerte del delfín, envenenado por ella, segun se dijo, habia colocado á Enrique en el primer escalon del trono! Adular á Francisco I, asociarse á todas sus diversiones, entretenerle en el amor de las letras y de las bellas artes, á las que habia tenido tan grande inclinacion, encantarle con las gracias de una conversacion no ménos instructiva que brillante, manifestar el mas vivo afecto á la duquesa de Etampes, su favorita, tal fué el sistema que Catalina adoptó para desarmar al padre, y en verdad que no fué ménos diestra respecto del hijo. Cerrando los ojos á todas sus galanterías, redobló los agasajos y las muestras de un amor que estaba muy léjos de profesarle; vivió en buena inteligencia con Diana de Poitiers, é hizo mas; fingir que amaba á la querida de su esposo. Sin duda no se olvidaria de recordar al rey y al que debia sucederle que, en la familia de los Médicis, las mugeres pasaban ordinariamente algun tiempo sin ser madres; pero que concluian por dar á luz una numerosa posteridad, y que asi su infecundidad no era mas que aparente, como habia sucedido con otras mugeres de su estirpe. Como quiera que sea, se condujo de tal modo, que evitó el divorcio, contratiempo de que estuvo amenazada por algunos años. Pasados tres desde el advenimiento de Enrique II al trono, dió á luz un hijo y se encargó del cuidado de su educacion, haciendo de manera que jamas pudiese sustraerse á la tutela materna: obró del mismo modo respecto á otros dos hijos y dos hijas que tuvo mas adelante.

Apenas puede creerse el grado hasta que Catalina en el interes de su ambicion, llevaba la rigidez con sus hijos, y cuán grande era el imperio que ejercia sobre ellos. Baste decir que el duque de Anjou y la princesa Margarita llegaron á considerar como el mas alto de los honores y la mayor de las

alegrías, que su madre se dignase de hablarles con alguna afabilidad, á cuyo propósito dice un biógrafo moderno, que *es imposible ejercer mas tiránicamente el ascendiente maternal.*

Cuando el duque de Anjou ocupó el trono, se resistió á imitar la condescendencia de Carlos IX; pero Catalina de Médicis le hizo temblar sobre el solio, oponiéndose á la princesa Claudia, también su hermana, esposa del duque de Lorena, y amenazándole con que la haría coronar en su lugar si perseveraba en sus sentimientos de independencia. Adelantamos este hecho para que mas fácilmente pueda venirse en conocimiento de la conducta que observaría con los personajes políticos que la daban algun cuidado, la princesa que de aquel modo comprendia los deberes de la maternidad. Rodeada de envenenadores, segun se dice, de sicarios que habia hecho ir allí desde Italia, y de mugeres hermosas que componian su corte, Catalina se deshacia de aquellos á quienes por medio de la seducción no podia atraer. Lisongeaba, prometia, amenazaba, segun que era necesario á las circunstancias en que se encontraba, y no faltan escritores que aseguran que sabia prestarse al amor siempre que lo creia oportuno. Bajo el reinado de Enrique II, dicen que tuvo relaciones muy íntimas con el cardenal de Lorena, cuya proteccion la fué en extremo útil. Era galante con todas las señoras de aquel tiempo, y notable por su belleza; pero dominaba sus pasiones y se servía de ellas en lugar de obedecerlas. Antonia Varillas, en su *Historia secreta de la casa de Médicis*, y en las vidas de Enrique II, Carlos IX y Enrique III, habla estensamente de la reina de Francia, y hace de ella un retrato que no deja de ofrecer intereses. Segun aquel historiógrafo, Catalina estaba dotada de todas las virtudes y de todos los vicios de sus antepasados. Tenia la afición de Cosme al dinero, pero no le manejaba mucho mejor que Pedro I. Era magnífica sin comparación á lo que se habia visto en los siglos anteriores, como Lorenzo su bisabuelo y no ménos sutil su política; pero no tenia ni la rectitud de sus sentimientos ni su liberalidad con los bellos ingenios. Su ambicion no era menor que la de su abuelo Pedro II; y para reinar no reparaba como él, en la elección de los medios legítimos, ó de aquellos que siempre serán vedados. En fin, gustaba mucho de las diversiones; pero á ejemplo de su padre Lorenzo, su placer en ellas estaba en proporcion á los gastos de que iban acompañadas. Enrique II, dominado por Diana de Poitiers, apartó primeramente á Catalina del poder; sin embargo, no tiene duda que despues ganó su confianza, porque cuando partió á la expedición de la Lorena en 1552, la encargó de la administracion del reino. En verdad la puso como adjunto un consejo de regencia, mas no por eso dejó de apoderarse de toda la autoridad. En este primer tránsito á los negocios, ensayó aquel sistema que mas tarde debia desenvolver con tanta impunidad. Engañando á todos los príncipes que se habian coligado contra ella, tuvo bastante destreza para dividirlos. Regresó Enrique II, pero falleció al poco tiempo y Catalina se esforzó en conservar las riendas del gobierno, que no podia manejar la débil mano de su hijo Francisco II.

El éxito no correspondió á sus esperanzas, y solo pudo triunfar de la debilidad del rey de Navarra Antonio de Borbon, que en su calidad de gefe de los hugonotes, queria apoderarse de la direccion de los negocios. Conociendo el ascendiente de las mugeres sobre aquel rey, y su hermano el príncipe de Condé confió el cuidado de seducirlos á dos de sus confidentes, las señoritas de Limenil y de Rouet, cuya belleza superó en efecto todos los obstáculos.

Pero la misma Catalina llegó á ser bien pronto el juguete de Guisas, quienes despues de haberse aliado á ella contra los hugonotes, se hicieron bastante temibles para amenazar hasta el trono mismo. Entónces la reina se unió á los protestantes, haciendo causa comun con los Chatillon, que reconocian por gefes á Antonio de Bordon y al príncipe de Condé, uno y otro vencidos y aprisionados por los Guisas. Miéntras tanto Francisco II, que se habia sometido al ascediente de su jóven y bella esposa María Estuardo, la cual á su vez habia tambien sufrido la influencia de los Guisas, murió envenenado por un criado que habia estado al servicio de esta familia, mas ambiciosa, segun dicen, que católica. Aquella muerte súbita dió la libertad al rey de Navarra y al príncipe de Condé, cuya vida corria tanto riesgo; y la contienda para apoderarse del poder volvió á comenzar. En aquella ocasion Catalina de Médicis se desembarazó fácilmente de las pretensiones del rey de Navarra, que desistió de su derecho á la regencia, contentándose con el alto cargo de teniente general del reino. Mayores esfuerzos hubo de hacer para ganar á los estados generales, que habian sido convocados en Orleans, que tenian el derecho de conferir la regencia, y se hallaban poco dispuestos á conceder el ejercicio del poder supremo á una estrangera. Cuando Catalina obtuvo el desistimiento del rey de Navarra, á quien querian nombrar los estados generales, puso en juego todos los recursos de la intriga: despues aprovechándose de la consideracion que guardaba la asamblea al canciller l'Hopital, se presentó á los diputados haciéndose investir del derecho de ejercer la regencia por su hijo Carlos IX, que aun no habia llegado á la edad de diez años. Apenas reconocida como regente, emprendió la ruina de la preponderancia que la conjuracion de Amboise habia dado al partido de los Guisas. Contrabalancear los católicos por los protestantes para tomar satisfaccion de sus gefes que alternativamente alimentaban planes de usurpacion, tal fué su sistema político: era sin duda el mas conforme á su carácter y á los principios en que se habia imbuido con la lectura de Maquiavelo; pero tambien era el mas inconveniente. La situacion por otra parte habia llegado á ser extraordinariamente difícil; ya triunfaban los príncipes protestantes, ya quedasen victoriosos los Guisas, debia concluir el poder de Catalina de Médicis y de la antigua dinastia representada por un rey menor; la conjuracion de Amboise y la muerte de Francisco, no dejan la menor duda á este respecto. Mas si los gefes de los partidos protestante y católico habian adquirido tanta importancia, se debia á que *la nacion misma estaba dividida tambien en dos partidos, que los ambiciosos esplotaban sin haberlos creado.*

Tratábase nada ménos que de saber si la antigua religion del Estado debia de ser reemplazada por otra, como en Inglaterra y varios Estados de Alemania. Los calvinistas tenian cuidado de no pedir para su culto mas que el beneficio de la tolerancia; pero el buen sentido de la nacion comprendia perfectamente que este primer paso no podia ménos de dar margen á otros aun mas trascendentales. Y despues, aun suponiendo que los calvinistas, una vez tolerados, no hubiesen intentado llevar su triunfo mas léjos, ¿qué hubiera llegado á ser la unidad nacional? Se hubiera visto una Francia católica y una Francia protestante: pero la verdadera nacion francesa habria desaparecido, porque el partido nacional representado entónces por el canciller l'Hopital y algunos otros hombres virtuosos, era tan escaso que nada podia por sí mismo. La inmensa mayoría del pueblo era católica: el calvinismo solo hacia prosélitos entre la clase noble, y los progresos de aquella doctrina eran

mas bien el resultado de intrigas políticas, que de un movimiento religioso. El poder real, lo mismo por sistema que por convicción, debía, pues, permanecer fiel al catolicismo que le habia auxiliado tan eficazmente para comenzar la unidad política de la Francia, y sin el cual esta unidad no podia ya subsistir. No de otro modo lo habian entendido Francisco I y su sucesor Enrique II: el problema estaba ya resuelto: pero Catalina de Médicis, sin prever la trascendencia de sus actos, habia vuelto á suscitar todas las dificultades. Y no se diga para escosar su conducta que la regente estaba dominada por el partido de los tolerantes, del cual era gefe el venerable l'Hopital, y que mas tarde recibió el nombre de *partido de los políticos*; Catalina inutilizó, es cierto, los talentos y las virtudes del canciller por todo el tiempo que lo creyó necesario; pero lejos de tener sus mismas ilusiones, le abandonó en el momento que se consideró bastante segura para pasarse sin su asistencia, y desde entónces no le guarda ni la menor atencion. Es preciso convenir tambien en que los proyectos del canciller, por mas que fuesen generosos, eran muy prematuros: y una prueba de ello es, aun sin hacernos cargo de la abjuracion de Enrique IV, que bastante tiempo despues aquel partido de los políticos juzgó todavía necesario buscar un auxilio en el catolicismo para consolidar la unidad nacional de la Francia. Asi, pues, Catalina de Médicis no tenia motivo alguno para abandonar la política de Francisco I y de Enrique II. Si se separó de ella, fué porque, no comprendiendo las ideas que agitaban y arrastraban á la mayoría de la nacion, tan solo vió las intrigas de los Guisas y de los príncipes protestantes para ascender al trono; en una palabra, no vió mas que la superficie de las cosas. No faltará quien diga que los Guisas se habian adelantado poniéndose á la cabeza del partido católico: esto es cierto; pero tampoco deja de serlo que si los Guisas adoptaron el título de protestantes de la religion del Estado, fué porque Catalina de Médicis, á pesar del ejemplo de Francisco I y de Enrique II, se habia puesto de parte de los protestantes, ó mas bien seguia un sistema particular que favorecia sus miras.

Por el tiempo de la primera regencia, en 1552, fué cuando entró abiertamente en aquella senda funesta: los Guisas se habian aprovechado con habilidad de la falta que habia cometido, y desde entónces comenzaron efectivamente á adquirir una popularidad que iba siempre en aumento, y que no esplicarian satisfactoriamente las ventajas conseguidas por el duque de Guisa en la expedicion de Lorena en tiempo de Enrique II. Al principiar el reinado de Carlos IX, habria podido Catalina reparar los males causados por sus aberraciones. Si entónces se hubiera declarado francamente por el partido católico, que era como no podia ménos el partido nacional, el pueblo olvidando su calidad de extranjera se habria bien pronto reunido bajo la bandera de la del monarca legítimo. La revelacion de las intrigas secretas que mediaban entre los Guisas y algunas cortes extranjeras, habria desenmascarado á aquellos ambiciosos: en cuanto á los príncipes protestantes, el poco favor de que gozaban con el pueblo, no les habiera permitido trabajar impunemente por mucho tiempo para desmembrar la Francia, ó al ménos para restaurar la monarquía feudal. Cuando Enrique quiso seguir este sistema suplantando á los Guisas y proclamándose él mismo gefe de la liga, era ya muy tarde, y sin embargo, á no haberse interpuesto el puñal de J. Clement, difícil hubiera sido prever el resultado. Pero Catalina de Médicis se proponia reinar mas bien que seguir las huellas de la antigua monarquía: la importaba poco el

porvenir de la Francia, y no se retraía á la vista de la sangre que pudieran verterse. Su carácter se retrata muy bien en estas palabras: *sea, siempre que yo reine*. En la batalla de Dreux se declaró al principio la victoria en favor de los hugonotes; si bien despues de otra nueva accion alcanzaron el triunfo las armas de los católicos por el valor del duque de Guisa. Un correo anunció á la corte la ventaja alcanzada por los protestantes, y Catalina exclamó: «*Y bien nos dirán la misa en frances!*». Poco despues llegó otro correo participando la brillante victoria conseguida por el duque de Guisa; y la reina cambiando repentinamente de language, manifestó la mas grande alegría por aquella dicha inesperada: tal era Catalina de Médicis. — Cuando los calvinistas, gracias al auxilio que les habia prestado la reina, aumentaron su número y su poder, ella fué quien aconsejó á Carlos IX, dar su aprobacion á la horrible matanza que contra aquellos habia meditado. Los católicos estaban mas decididos que nunca á continuar porfiadamente aquella lucha, y como eran en mayor número y mas fuertes, Catalina volvió á su partido en el momento que se apercibió del punto hasta donde se estendia su poder. Acordó una tregua á los hugonotes, y atrajo á Paris á sus gefes con el pretexto de celebrar la pacificacion, y asistir á las bodas del príncipe de Bearn con su hija la princesa Margarita. El 24 de agosto de 1572 á las doce de la noche, Catalina de Médicis entró en la cámara del rey teniendo su irresolucion ó sus remordimientos: le encontró rodeado de los duques de Anjou, Guisa, Nevers, Birague y Tavannes y del conde de Retz: «*Todo está pronto, le dijo, para cortar un miembro gangrenado.*» Despues añadió: *é pietá lo esser crudele, é crudeltà lo esser pietoso.* («*Es piedad ser cruel, y crueldad ser elemente.*») Carlos IX dió la orden fatal: la campana del palacio hizo la señal convenida á la una y media, y se repitió en todas las iglesias de Paris.

En un instante aparecieron iluminadas todas las ventanas, las calles se llenaron de soldados; por todas partes se veían correr hombres armados, llevando cruces blancas en sus caperuzas y un lazo tambien blanco en el brazo izquierdo y gritando desafortadamente: ¡Viva Dios y el rey! Coligni fué la primera víctima: el duque de Guisa, queriendo vengar la muerte de su padre, le hizo perecer sin consideracion á sus canas. Arrojaron por la ventana su cuerpo atravesado con muchas puñaladas; y cuando el bastardo Angulema, uno de los gefes de la conjuracion, se hubo asegurado de la muerte de Coligny, gritó á sus compañeros: «*vamos, camaradas, continuemos nuestra obra, el rey lo manda.*» Guisa, Aumale, Tavannes y los demas gefes condujeron entónces á sus soldados de casa en casa para sorprender y degollar á los caballeros hugonotes. Resnel, Piles, Astrac, La-Roche, Colombiere, Caumont de la Jorce y otros muchísimos señores fueron asesinados en sus casas y sus cadáveres, ultrajados primero por el populacho eran arrojados al Sena. Al dia siguiente por la tarde, el rey que no habia dejado de animar á los asesinos, y que segun se dice, les disparó algunos arcabuzazos, dió orden para que cesase el degüello. Se creyó que no volveria á repetirse, pero al dia siguiente comenzaron de nuevo los asesinatos, y por espacio de tres dias se entregó á todos los horrores de la guerra civil. El venerable l'Hopital puede decirse que fué una de las víctimas: cuando llegó á su noticia aquella tremenda escena, ordenó que se abriesen las puertas á los asesinos, y no sobrevivió á ella mas que seis meses repitiendo sin cesar: *Excidat illa dies ævo!* La degollacion de los hugonotes no tuvo lugar solamente en Paris; Meaux, Orleans, Saumur, Angers, Leon, Troyes, Bourges, Roan, Tolosa, Nevers, Poi-

tiers y otras muchas poblaciones presenciaron asimismo tan horrorosas escenas. — Algunos escritores franceses han querido suponer que Catalina de Médicis había dispuesto aquellos execrables asesinatos por instigaciones de la corte de España y por consejo del duque de Alba, y creemos hallarnos en el deber de rechazar con indignacion semejante calumnia. Catalina de Médicis, aquella muger de carácter tan equivoco, poseida de tan desmesurada ambicion y que seguia al pié de la letra las peores máximas de Maquiavelo; no necesitaba ajenas sugerencias ni consejos estraños para idear una venganza tan cruel; y en cuanto al ilustre duque de Alba, era demasiado noble, demasiado valiente para aconsejar tamaña alevosía. Dicen tambien que el gran Felipe II comparaba la victoria del catolicismo en Francia con la que sus armas habian conseguido en Lepanto y que escribia al rey: «acabad de purgar vuestro reino del veneno de la heregía; de eso pende enteramente la conservacion de vuestra corona. Si en efecto escribió Felipe II esta carta, pudo muy bien referirse en ella á alguna de las victorias que sobre los hugonotes alcanzó el duque de Guisa en el campo de batalla; pero sugerir á la reina Catalina aquella venganza cruel, es cosa que pocos creerán en la actualidad del hijo del gran Carlos V, severo y formidable sí, pero tambien justiciero é incapaz de tan fea alevosía. Además debe tenerse en cuenta que los franceses jamas han perdonado al emperador ni á su hijo las victorias con que se señalaron sus ejércitos en aquel y otros paises, ni han desperdiciado tampoco la menor oportunidad para hacer recaer sobre su memoria el odio de la Europa entera. Los asesinatos del dia de San Bartolomé serán por siempre inseparables del nombre de Catalina de Médicis, de su nombre solo; pero nunca se mancharán con su recuerdo las glorias de Carlos V, de Felipe II y del ilustre duque de Alba. Por otra parte, ejemplos mas recientes han podido dar á conocer que en Francia semejantes escenas no necesitan para ejecutarse de sugerencias estrañas.

Catalina no podia recibir inspiraciones del duque del Alba; temia, sí, y temia con algun fundamento los proyectos de aquel grande hombre, porque entonces la España, tan desgraciada y tan abatida hoy, era fuerte, poderosa y respetada en todo el mundo. No estrañamos, pues, que los escritores franceses y especialmente los calvinistas de aquella época, hayan pretendido empañar la gloria de nuestros príncipes y militares célebres. Lo que nos admira, lo que causa en nosotros un profundo sentimiento es, conocer que los españoles mismos, bien sea por la exaltacion de las ideas durante los trastornos políticos, bien por otra causa cualquiera, hayan juzgado á los personajes de que acabamos de hacer especial mencion con la misma severidad que les censuraron los estrangeros, y acaso, acaso, sin tener otros datos para hacerlo que sus escritos, bien léjos por cierto de la mesura é imparcialidad con que debe juzgarse á los reyes y á los pueblos. La indignidad general ocupó bien pronto el lugar de aquel furor con que el populacho soez y los agentes secretos de Catalina de Médicis sacrificaban á tan crecido número de franceses. Las opiniones religiosas de los calvinistas eran ciertamente lamentables, eran una calamidad para la iglesia católica; pero aquellos odiosos asesinatos no podian ser convenientes para la Francia ni para la verdadera religion. Fueron muchos los personajes que se opusieron á su ejecucion en varios puntos de aquel reino: Hennuger, obispo de Lisieux, impidió al teniente del rey «sacrificar en su diócesis á las ovejas descarriadas, pero que tenia esperanza de hacer entrar nuevamente en el redil.» Estas palabras tan conformes con el

espíritu del Evangelio resonaron en toda la nación vecina; lejos de seguir la abominable senda en que había entrado la reina, se dejó á los calvinistas reparar sus pérdidas. Sin la política seguida por Catalina de Médicis desde su primera regencia, la continuación del sistema de medidas represivas empleadas por Francisco I y Enrique II, habría sido suficiente para salvar la religión del Estado sin necesidad de aquellos actos monstruosos. Pero lo que es aun mas inícuo, lo que marca mas claramente el carácter de aquella reina es, que cuando se apercibió de que aquel espantoso crimen había servido á la causa de los Guisas, se apresuró á entrar de nuevo en relaciones con los príncipes protestantes. « Si es permitido, dice un biógrafo frances, penetrar en las sinuosidades del alma de una muger semejante, es probable que la jornada de San Bartolomé no fuese otra cosa que la introducción de un horrible drama que debía constar de tres actos. La reconciliación de la reina con los calvinistas la hubiera proporcionado el medio de desembarazarse de los Guisas, como su alianza con estos últimos la había permitido sacrificar á Coligny y los principales gefes del partido protestante. Derribados los Guisas, nada mas fácil que acabar con los protestantes, poniéndose á la cabeza de la inmensa mayoría de la nación. Entonces Catalina de Médicis habría consolidado su dominación sobre la ruina de todos los gefes de las facciones. Mas para llevar á cabo este plan infernal hubiera sido preciso que Enrique III continuara bajo la tutela materna, y ménos dócil que Carlos IX, quiso sustraerse á su yugo y realizar por sí mismo los proyectos que Catalina había tenido la imprudencia de comunicarle, ó que él había adivinado.

El modo con que hizo asesinar al duque de Guisa, prueba bien que Enrique era digno de su madre. — En efecto, cuando Enrique III abandonando la Polonia, donde era rey, vino á regir un estado mas poderoso, se encontró muy poco dispuesto á dejarse gobernar por su madre. Reasumió en sí todo el poder, y temiendo á Catalina aun mas que á la liga, la apartó enteramente de los negocios. La ambiciosa reina no pudo resistir la desesperación que la causaba en su nuevo estado: predijo á Enrique lo que había de sucederle, y contrayendo una fiebre violenta murió de sus resultas en 5 de enero de 1589. Enrique III ni manifestó sentimiento por aquel suceso, ni cuidó siquiera de los funerales de su madre. Su cadáver fué puesto en una barquilla, y depositado en un sepulcro algo mas que modesto. — Catalina de Médicis, hemos dicho al principio que estaba dotada de las buenas cualidades y de los defectos de sus predecesores. Su belleza era extraordinaria, su talle dicen que admirable; la magestad de su semblante no disminuía nunca la dulzura de su sonrisa. Sobrepajaba á las otras señoras de la corte en la blancura de su cutis, y en la vivacidad de sus hermosos ojos. A cada momento mudaba de traje, y todos los adornos la sentaban tan bien, que era difícil señalar cuál de ellos daba mas ventajas á su hermosura. Era perfectamente formada; y como sus costumbres se resentían bastante de la falta de pudor que tanto conviene á su sexo, tenía vanidad en mostrar muy á menudo su bella pierna, para lo cual inventó un modo particular de montar á caballo, que las dejaba al descubierto. — « El reinado de Catalina, dice Mr. Thomas en su *Historia de las mugeres*, fué un conjunto de galantería y de furor, mezclándose el ardor italiano con la afeminación francesa; todo se reducía á tramas en aquel tiempo; los cortejos hablaban de matanzas y galanteos en los estrados; y se meditaba la ruina de los pueblos en los bailes. No obstante, los afaes de la guerra y de la política, las facciones, los partidos, y no sé qué aire romanesco que

aun subsistia por entónces, comunicaban á las almas cierto vigor que se unia á los afectos mismos que inspiraban las mugeres.» = Algunos historiadores atribuyen á Catalina un voto bastante extraño; y fué, que si tenia buen éxito un asunto que meditaba, enviaria á Jerusalem un peregrino que anduviese á pie tres pasos, volviendo siempre uno atrás. Hallóse en efecto un aldeano que se atrevió y aun juró hacer aquella peregrinacion extraordinaria; y habiéndose averiguado que cumplió el voto de la reina, se le recompensó dándole el título de noble y grandes riquezas. = Despues de tanto como nos hemos visto obligados á censurar la conducta de Catalina de Médicis, nuestra imparcialidad nos obliga á confesar que algunos de los libelos que se publicaron en Francia contra aquella reina, contienen ciertas acusaciones con todos los visos de la exageracion, ó de ser producto de un vivo resentimiento. No puede ménos de elogiarse en la madre de Enrique III. la elegancia de sus modales y un amor ilustrado á las ciencias y las artes. Hizo trasladar á Francia desde Florencia una parte de los preciosos manuscritos que su hisabuelo Lorenzo de Médicis habia adquirido cuando la conquista de Constantinopla. Por su órden fueron construidos el palacio de las Tullerías, el de Soissons, los castillos de Monceaux y Chemonceaux, y otros muchos edificios notables por un género de arquitectura, de cuyos verdaderos principios no habia por aquel tiempo en Francia ni aun idea. En fin, se conocian en aquella reina algunas otras cualidades laudables, pero todos los escritores convienen en que no son bastantes para hacer olvidar medio siglo de crímenes y vituperables escesos.

UNA DEUDA DE AMISTAD.

ANÉCDOTA DE LA GUERRA CIVIL.

«Sé por vuestras heridas y por las mias, dijo Carlos XII. que siempre hemos peleado juntos con valor; cumplisteis hasta aquí vuestro deber; no dejéis hoy de cumplirlo.»

(Historia de Carlos de Suecia.)

La terrible lucha en que lanzó al país la revolucion política ha permitido á los españoles hacer alarde de sus instintos bélicos y renovar los tiempos de sus guerreros célebres: heroico valor y nobles cualidades se han mostrado en los dos bandos, que terminaron sus diferencias en Vergara de un modo tan singular y generoso. La guerra, empero, cesó en el campo para continuar activa é implacable entre los hombres que eran incapaces de imitar ni comprender la sublimidad de sentimientos que engendra la rudeza de las costumbres militares. = Dificilmente se escuchará por tanto en medio del estruendo de las pasiones políticas que agitan hoy á la sociedad española, una voz

que proclame hechos eternamente memorables para atribuirles los gloriosos títulos que le corresponden; pero habremos cumplido nuestro deber de españoles amantes del país y de narradores fieles, al consignar para tiempos de mas calma y de mejor examen, sucesos importantes y poco conocidos en el mundo político en la esfera militar. = Escritos en los sitios y en los momentos en que se verificaban, muchas circunstancias serán ahora leves y de poco interés; pero como vamos á dar un fiel traslado de las escenas que hemos presenciado, nos perdonaremos el ser algo prolijos en gracia de la exactitud con que los hechos históricos se refieren. = La presente anécdota ha sufrido, no obstante, algun reparo para salir de la cadena de acontecimientos militares en que está eslabonada, porque no pudiera de otra suerte abrazar hechos distintos y períodos lejanos aunque estrechamente ligados entre sí, y de tan grande interes por los ilustres personajes á que pertenecen.

A las doce de la noche del 22 de agosto de 1839, cuando mas encarnizada guerra se hacian en Navarra los partidarios de la libertad y los de D. Carlos sin sospecharse en el cuerpo de operaciones del conde de Belascoain, á la sazón virey del reino, el breve y feliz término de tan dudosa lucha, se oyó en el pueblo de Larraga, fortificado y guarnecido por el ejército constitucional para conservar su hermoso puente sobre el Arga y ocupado entonces por las fuerzas que dirigia en persona el conde, una diada de las que llamaba *rabiosas* la soldadesca, y que anunciaban precipitado movimiento. Llegaron las tropas á pernoctar en aquel punto á hora avanzada de la tarde, y considerándose al abrigo de insultos por sus murallas, por el crecido número de fuerzas reunidas, y por el acopio de víveres y pertrechos, que mas indicaban una agresion atrevida en territorio enemigo, que una defensa en el propio, habíause entregado tranquilamente al sueño los soldados, cuando pudo tener algun dominio sobre aquellas cabezas, en que tan estrañas imaginaciones se revolvian, despues que cumplieron con esceso, á fuer de buenos españoles, las delicadas atenciones que merece el bello sexo, en apasionadas miradas y ademanes que resistian con firmeza las patronas jóvenes, en estremo aguerridas por los continuos choques en este género de combates.

La familia en cuyo hogar se habia verificado una invasion tan considerable de huéspedes improvisados, de singular franqueza y de fecundo ingenio para sutiles invenciones, perdía completamente su albedrío y autoridad para regular las operaciones domésticas y velaba, contra la costumbre de acostarse á la *queda* escuchando atentamente, *intentique ora tenebant*, las estrañas relaciones de los soldados, interrumpidas con frecuencia por las funciones urgentes del servicio como recibir órdenes, dar pienso y otras, aunque tomasen al regreso los narradores el cabo roto de su cuento, sin cuidarse de interrumpir á otro orador que igualmente se habia apoderado de la atencion del auditorio. = Al fin habia puesto término el causancio á aquellas distracciones inocentes y empezaban todos á gustar del sueño, cuando fué turbado tan intempestiva y ruidosamente como acabamos de indicar.

No es fácil describir ni imaginar lo que en tales momentos acontece; el estruendo y descompuesto sonido de los instrumentos músicos tocados sin afinacion y sin armonía; la continua y confusa vocería que produce el diligente afan de los que mandan y la perezosa torpeza de los que obedecen; la dificultad de reunir y reformar las tropas en una noche oscura, en calles angostas, tortuosas y de increíble desnivel, en un recinto lleno de habitantes, con innumerables acémilas de carga sembradas en todas partes, con unos car.

ros de trenes y baterías rodadas que obstruían el paso totalmente, cubiertos los menores intesticios por los asnos de las cantineras, los caballos de los oficiales sueltos y de los escuadrones que tocaban asamblea; remedando sus clarines con las desafinadas cornetas y roncós tambores de la infantería el tremendo sonido que llamará al juicio final: y para que nada faltase, á la verdad de este prodigioso cuadro, buscaban diligentes los cabos y oficiales provistos de faroles de bolsillo, para defenderse de la oscuridad, á los soldados de su respectivo mando, como deberán reconocer y reunir las almas en aquel día las desmembradas partes de sus antiguos cuerpos.

Solo la proximidad del campo contrario y la cautela que exigia el alojamiento de las tropas, en un país hostil y en presencia de un enemigo audaz, podian disculpar el que se hallasen hacinados en Larraga hombres, caballos, trenes y baterías en tan superior número á lo que racionalmente admitia su corta poblacion y sin poderse rebullir en un angosto y amurallado recinto, como los acabamos de dejar y como hubieron de permanecer hasta que el gobernador juzgó que no se comprometia el secreto de la direccion de las tropas por avisos que llegasen al enemigo, é hizo abrir una de las dos puertas de su fortaleza por donde se escurrieron hasta las vecinas eras los numerosos batallones, escuadrones, artillería y bagages tan lenta y difícilmente, que al brillar las armas de la vanguardia que se ponía en marcha á los primeros rayos del sol, aun quedaba buena parte de las tropas en la poblacion.

Formaban aquella las que mandaba el general Concha, cuyos veteranos, orgullosos por la honrosa y bien ganada distincion de ser los primeros en el ataque, y los últimos en la retirada, ostentaban noble y fiero ademan, que solo se desmentia al dirigir miradas afectuosas al general á quien idolatraban, y no era extraño: el primero en el peligro, constante amigo del soldado y su fiel compañero de aventuras, jamás gefe alguno pudo unir al mando tanta popularidad. = Muchos de ellos le debian la vida, ahora lozana, otras veces muy amenazada cuando los caballos del general los salvaron de caer mal heridos en poder del enemigo, y el mismo, pie á tierra les prodigaba consuelos paternales ó cuando sus escasas provisiones los socorria en peligros ciertos, y sus generosos y humanitarios sentimientos llevaban á los hospitales de sangre, una voz dulce y consaladora, y los recursos que permitia su bolsillo, siempre exhausto por continuas liberalidades; y todos tenian que agradecerle un desvelo solícito y constante por su conservacion y bienestar en los acantonamientos, por su gloria sin rival en los combates (1).

El general tambien mostraba en su semblante aquella segura confianza que tranquilizaba á todos, pero la fortaleza de su espíritu sostenia una lucha desigual con la flaqueza de su cuerpo combatido por achaques habituales que se habian agravado en aquel día considerablemente.

Prolongábase la marcha de las tropas en la direccion de Estella, distante de Larraga una jornada corta, la plaza mas importante de los enemigos, y la residencia habitual de su Monarca. Dos horas habria marchado

(1) No puede imaginarse una escena de familia tan tierna como la separacion del general Concha del regimiento de la Princesa, cuando se le confió un mando importante; despues del asalto de Castellote. = Abundantes lágrimas corrian por los atezados rostros de aquellos veteranos; y en estremo, afectado el general por las espontáneas y sinceras demostraciones de la tropa formada, hubo de prometer á aquel cuerpo de valientes que nunca separaria de su memoria ni de su uniforme el número con que se distinguia en el ejército, aceptando con visible emocion una galleta de chapó de granaderos, para colocarla en el galonado sombrero de general.

la vanguardia por un camino angosto, en que la ilusion óptica confundia tantos miles de hombres con una cinta de metal luciente, que serpenteaba por aquellos valles despidiendo rayos luminosos con los reflejos del sol canicular.—Un confuso rumor se dejó oír á la espalda de las primeras compañías, y al volver la vista se detenia la muchedumbre á contemplar su grata aparicion; sobre un caballo noble y poderoso, de la mejor raza de Andalucía, que alzaba erguido la cabeza agitando plumajes vistosísimos, cabalgaba un guerrero cuya airosa y fantástica figura no alcanzará a copiar el pincel mas feliz y mas valiente: si todos los primores del arte formaban en sus arreos y vistoso traje el conjunto mas bello y agradable, su noble ademan y hermoso rostro, sus ojos inspirados y rásiantes obraban una completa fascinacion: asombro y terror de los enemigos en el combate cuando arremetia, guiando á la victoria á sus guerreros que seguian al querido arcángel, fija la vista en los penachos, que descollaban donde mas arreciaba la contienda era D. Liego de Leon el ídolo de las tropas que una vez sirvieron á sus órdenes (1).

Divisábanse en aquel momento algunos grupos de ginetes enemigos en observacion de nuestro movimiento, y sin dejar D. Diego la carrera que habia comenzado en las eras de Larraga, despues de ver el desfile de las tropas, fuélos á arrojar, seguido de unos pocos á las opuestas márgenes del Ega, disponiéndose á pasar sus puentes á la vista de Estella, ya inmediata. Pero sea que hubiese cumplido por entonces su objeto de hacer alarde é infundir alarma no pudiendo realizar operaciones serias sin pertrechos de sitio, ó que en su mente bullia la esperanza de sorprender algun puesto enemigo llamando su atencion sobre la capital, dejó encargado al general de la vanguardia que contuviese á aquel si se empeñaba en hostilizar la marcha, como lo indicaba la reunion de fuerzas que observamos en Villatuerta y al abrigo de los reductos de San Millan. Trabajóse luego un tiroteo débil al principio, muy sostenido y empeñado cuando las tropas que dirigia apresuradamente el virey contra Citraqui y Santa Bárbara se separaron mas del sitio del combate. Pero estaba allí el general Concha, de raro valor é inspiracion feliz para vencer las situaciones peligrosas. Con dificultad pudo lograr entonces que los batallones de Navarra respetasen la actitud imponente de sus fuerzas, acostumbrados á llevar la mejor parte en las retiradas del contrario por su agilidad y por su ardimiento, y seria muy aventurado calcular el éxito de la pelea, ejecutando los navarros la carga general que amenazaban, si penetrando las intenciones del virey por la direccion y diligencia de su marcha no hubiesen juzgado indispensable acudir al punto amenazado, dejando para hostilizar á la vanguardia dos batallones de tiradores. El general Concha, que sufría una fuerte calentura y á quien daba aliento la idea de un peligro inminente, quedó en un estado lastimoso cuando se convirtió en escaramuza el que pareció ser combate tan reñido. No pudiendo mantenerse á caballo por que los arranques de su espíritu y los últimos esfuerzos habian agotado sus fuerzas físicas hubo de continuar la marcha en camilla, conducido por los granaderos de la Princesa.

(1) El 15 de octubre de 1841 buscaba con ánsia al general Leon en el cuadro que prevenia su terrible ejecucion aquellas caras que habian llegado hacerle familiares para despedirse de sus antiguos compañeros: «¿De qué regimiento son estos granaderos?» preguntó al defensor que le acompañaba; «De T...; mi general;» avara es conmigo la suerte.» replicó; «pues me niega morir delante de los que tantas veces me han visto vencer, entregándome á un regimiento, quizá el único del ejército que no recuerdo haber mandado en ninguna campaña de la guerra.»

Entre tanto avanzaba el día á mas andar; y las compañías de cazadores que dirigia el general Leon se acercaban á Cirauqui, señalando sus cercas y edificios con el plomo homicida sin que los habitantes pareciesen intimidarse ó sorprenderse. Oportuna y providencialmente habian penetrado ya en el pueblo algunas compañías de voluntarios, cuando el grueso de su ejército no hubiera podido ofrecer auxilio alguno. Animados con su presencia, corrieron á las armas todos los vecinos útiles, y el ayuntamiento se instaló en las consistoriales, enarbolando el pendon viejo de la villa, que conservaba antiguas y gloriosas tradiciones.

La brigada de D. Vicente de Castro recibió orden de tomar el pueblo, y aunque bien dirigida y animada por el valor del gefe, hubo de retroceder, herido D. Vicente de gravedad con otros muchos oficiales y soldados. Los habitantes de Cirauqui, sin distincion de sexos, se acercaban á nuestra posicion, casi al alcance del tiro, como si asistiese á una fiesta; ¡tanto puede el instinto belicoso en aquel pais inconquistable!....

Resuelto el virey á aplazar para el dia siguiente el ataque del pueblo, que podria reducir mas fácilmente embistiendo por distintos puntos y auxiliado por la artillería, cuya marcha embarazaba grandemente la falta de carriles anchos, y que aun veia el impaciente D. Diego bajar una ladera algo distante, ordenó que acampasen á la vista de Cirauqui y á distancia de un tiro de cañon, encerrándose él con toda la caballería en un terreno ceñido de tapias de piedras sueltas, que dominaban el campamento desde el centro. Segun llegaban las tropas recibian la oportuna colocacion, y habia anochecido sin que llegase la fuerza del general Concha, cuya marcha se indicaba mas bien por las luminarias del tiroteo que por el eco lejano de los disparos.

El general Leon habia tomado todas las precauciones necesarias que le dictaba el conocimiento de aquella guerra singular, y al establecer la caballería en un campo cerrado, proponiase evitar los desastres que ha originado tantas veces esta arma, especialmente de noche, llevando los caballos en desorden á las filas de la infantería amiga: los puestos se hallaban bien colocados y todo el campo descansaba como podia hacerlo en presencia del enemigo, pie á tierra los ginetes y sentados en el suelo los peones con las armas levantadas.

Si nos trasladamos á Cirauqui, veremos á toda la poblacion celebrar con entusiasmo el valor de los voluntarios y obsequiarlos de mil modos, mientras que el ayuntamiento se apresura á ofrecerles racion extraordinaria de pan, carne y vino, circulando la voz de haber llegado el general Elío á Santa Bárbara para atacar á los cristinos: y en efecto era así seguido de algunas fuerzas acababa de llegar el general carlista á Santa Bárbara, que solo dista de Cirauqui media legua: dominando los valles inmediatos, ofrecia aquella fortaleza un asilo seguro para aguardar en jaque la reunion de las dispersas tropas de carlistas.

El aplauso de parientes y amigos, con los obsequios del ayuntamiento prepararon el ánimo de los voluntarios para una arriesgadísima empresa, que estovieron á punto de lograr, y que tal vez merecia en premio su extrema audacia. Un gefe esperto y arrojado se ofreció á sorprender al enemigo, desordenar el campo y destrozar las filas si le seguian trescientos hombres; en poco tiempo reunió 500 decididos, y puso sin demora en ejecucion su atrevido plan: teniendo un conocimiento exacto del terreno, le fué fácil dirigir su escasa fuerza sin advertirlo sus enemigos y arrollar completamente cuanto le resistia: los primeros puestos fueron sorprendidos, muchos centinelas muertos al arma blanca y penetró la columna en el centro del cam-

pamento con asombro y estrago de los constitucionales. Ya llegaban los voluntarios á las cercas que les guardaban el campo del virrey y de la caballería, que apenas tuvo lugar de poner híridas á los caballos que descansaban dando pienso en los morrales, alarmada por las relaciones y espanto de los fugitivos. El peligro era grande, y lo hizo mas patente una descarga de los navarros á quemaropa, cuando saltaban las tapias en que se encerraba la esperanza del ejército. Una voz enérgica y sonora mandó ¡á caballo! y el guerrero de los plumages con un capa blanca que agitaba el viento sobre sus espaldas, alzando su brazo hercúleo que armaba una tajante de Toledo, se había empeñado en desigual pelea con gran número de enemigos, seguido de los primeros que pudieron aprestarse á secundar su heróico esfuerzo.

El momento se hacia mas crítico, y el peligro cada vez mayor; una experiencia desastrosa enseñó á nuestros soldados lo arriesgado de los combates de noche en país enemigo y se aumentaba la confusion, exagerando el peligro la pavorosa imaginacion de los que huían. Al anochecer emprendió la marcha para Mendigorria, punto inmediato de nuestra línea, un convoy de heridos, que no podia hallarse muy distante y no era fácil ni posible evitar que en una noche oscura y en tan horroroso extremo buscasen un refugio en aquella plaza los que habian visto el peligro cierto, ó los que lo veían exagerado.

La fuerza del general Concha llegaba al campamento; las apariencias en aquel momento revelaban un desastre horrible; el general seguía en camilla pero dotado de un temple de alma que nada podia abatir, y dilatándose sus facultades en los momentos mas desesperados, se hizo colocar á caballo, dijo á sus soldados si querian perder una reputacion antigua y bien ganada prefiriendo él cien veces morir á conservar la vida con una fuga vergonzosa: la voluntad del general tenia subyugadas las de las demas, y sus veteranos decian, ¡viva la Reina! ¡viva la Constitucion! al trepar los cerros y viñedos que conducian al emplazamiento en que se hallaban el conde y la caballería.

Acosado sin cesar por sus enemigos, y sin poder emplear los escuadrones á causa de la oscuridad y de la falta de espacio para desplegar, el virrey peleaba casi solo con muchedumbre de contrarios, asemejándose por su figura noble y gigantesca al santo apóstol que protegió las lides de nuestros abuelos contra los enemigos de la cristiandad.

En tal situacion llegó al punto del combate con sus granaderos el general Concha exánime, perdiendo sangre de una herida que acaba de recibir, y sin mas fuerzas que para indicar la marcha á sus soldados, gritando: ¡viva la Reina! ¡viva la Constitucion! No dejó don Diego de reconocer la voz, y desembarazado como por encanto de los enemigos, que perdida la esperanza de lograr su intento una vez restablecido el ejército de su sorpresa, corrieron á encerrarse en Cirauqui, dirigió al general de la vanguardia con profunda emocion estas palabras: ¡bien, Manolo, bien!!! me acaba V. de salvar del mayor peligro en que jamás me he visto... tendiéndole los brazos cariñoso, como correspondia al tierno afecto de su antigua y sincera amistad...

Poco mas de dos años habian transcurrido despues de esta noche terrible, cuando en otra no ménos aciaga, en que se frustró, una empresa tan temeraria como generosa (1), se hallaba el general Concha en un trance difícil, extremo: ¿es cierto que Manolo está en peligro, que está cercado en Palacio?—¡Mi caballo! ¡mis armas dijo el conde de Belascoain y una deuda de amistad quedó apagada entre dos nobles caballeros españoles.

(1) El 7 de octubre de 1841.

Indice

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO CUARTO,

QUE COMPRENDE DESDE EL NÚMERO 1º HASTA EL 57 DE LA SEGUNDA SERIE.

Literatura-Religion.

IDEAS ELEMENTALES DE RELIGION: ns. 1. 3. = DISCURSO para el dia de la inmaculada Concepcion, por el P. Manuel Amado dominico esclaustrado: n. 2. = Para el dia del nacimiento del Salvador: n. 4. = Para el dia de la Circuncision: n. 5. = El nacimiento del Hijo de Dios, por M. M. Sanchez Ugarite: n. 6. = Artículo del Corresponsal sobre el prospecto de la Fe: n. 11. = Literatura religiosa: n. 46.

Espanoles distinguidos.

El doctor Fiol: n. 6. = D. Cristóbal Cladera: n. 11. = Espartero, por don J. Balmes: ns. 7, 8, 9. = Biografía de D. F. M. de la Rosa, por Eugenio Garray de Monglave: ns. 13, 14, 15, 16, 17. = Necrología de D. José Ferrer y Subirana, por Roca y Cornet: n. 10. = De D. Mariano de Carnerero: n. 25. = De D. Mariano Valero y Arteta: n. 25. = De D. Miguel Ribera, por Piferer: n. 28. = De D. Pedro Castelló y Roca: n. 30. = De D. José María de Alós: n. 42. = Del Ilmo. Sr. obispo de Menorca: ns. 45, 46. = De D. Martin Fernandez de Navarrete: n. 49. = Del Sr. Duque de Osuna: n. 50.

Historia política.

Crónica política de la primera quincena de noviembre de 1843: n. 1. = De la segunda quincena: n. 3. = De la primera de diciembre: n. 5. = De la segunda: n. 9. = De la primera de enero de 1844: n. 12. = De la segunda: n. 13. = De la primera quincena de febrero: ns. 15, 16. = De la segunda: n. 17. = De la primera de marzo: n. 18. = De la segunda: n. 20.

Literatura.

Todavía hay tiempos peores que los de revolución, por Balmes: n. 5. = Carta de D. Cristóbal Cladera á D. Melchor Andarico: ns. 11, 12. = De las mugeres, por Abenamar: n. 24. = La Mediania: n. 26. = Escuela escéptica, Walter Scott, por Milá: n. 28. = La Alhambra, Gonzalo de Córdoba, el Cid:

n. 28.—La necesidad de una buena educacion: n. 32.—Relato de la batalla de Alcázar-Kibir, por D. J. Calderon, n. 33.—Biografía de Catalina de Médicis: n. 57.

Ciencias y artes.

De la agricultura en España. Reflexiones acerca del estado actual de la medicina. Nuevo músculo de la oreja: n. 1.—Trabajos agrícolas del mes de diciembre: n. 2.—Del comercio y de la industria: n. 2.—Fisiología pictónica del doctor Fiol: ns. 6, 7, 10.—Erupciones del Etna: n. 14.—Union de los dos océanos por Goatemala: n. 16.—Descripcion del eclipse de luna del 6 de diciembre: n. 16.—Estudios frenológicos, por Balmes: ns. 18, 19, 20, 21.—Educacion popular: n. 23.—Estadística de España: n. 27.—Fundacion de las universidades en España: n. 28.—Estado actual de la música en Italia: n. 29.—Vinos de España: n. 44.—Sanidad militar, por D. Bartolomé Obrador: n. 45.—Exposiciones de obras de bellas artes: ns. 50, 51.—Compendio de economía política, n. 55.

Discursos.

El nacimiento del Hijo de Dios, por M. M. Sanchez Ugarte: n. 6.—Discurso de recepcion en la Academia española, leído por D. A. A. Galiano: n. 8.—Discurso de recepcion en la misma por D. P. J. Pidal: n. 22.—Discurso de M. Considerand en una reunion de socialistas: n. 23.—Discurso de M. Guizot sobre instruccion secundaria: n. 27.—Discurso leído á la Real Academia de la Historia, por su director D. M. F. de Navarrete: ns. 34, 35.—Informe presentado por M. Thiers sobre instruccion secundaria: números 36, 37, 38, 39, 40.—Discurso pronunciado por el Sr. Galiano en el colegio de S. Felipe de Cádiz: n. 41.—Discurso de recepcion en la Academia española, leído por D. Eugenio de Ochoa: n. 47.

Novelitas y anécdotas.

El rey Eserdis, por Milá: n. 11.—Cántigas de Silvio Pellico, Rafaela, n. 15. Ebelino: n. 26.—Un ingles en Pompeya: n. 30.—Lo que hizo un sermón: n. 31.—Casamiento de un sacerdote en 1594: n. 44.—Rosa: ns. 52, 53.—Gabriela y Clara de Laval: ns. 53, 54.—Memorias del conde Rostoptchine: n. 54.—La esposa del asesino: n. 55.—Una deuda de amistad, n. 57.

Viages y costumbres.

Fisonomía de Paris: n. 29.—Costumbres de Paris: n. 30.—Una romería á la montaña de Recasens: n. 35.—Escursion á las márgenes del Rhin: n. 44.—Noticia de las corridas de toros, n. 44.—Loja y su feria: n. 47.—Un paseo por Argel y su provincia: n. 49.—Un viage al Escorial: n. 55.

Variedades.

Instrucción primaria. Reglamento de las escuelas normales: ns. 2, 3, 4.
= Sesión extraordinaria del liceo artístico y literario de Madrid: n. 7. = Sesión inaugural de la Academia de ciencias eclesiásticas de Madrid: n. 10. = Academia de buenas letras de Barcelona: ns. 16, 28.

Poesía.

Córdoba, soneto inédito por el conde de Villamediana: n. 1. = Letrilla antigua por D. Diego Hurtado de Mendoza: n. 1. = A la santísima Virgen en su inmaculada Concepción, por J. P. A.: n. 2. = El nacimiento del Señor: por M. de S. R.: n. 4. = A S. M. la Reina Doña Isabel II, por G. G. de Avellaneda: n. 7. = A la misma, coplas en castellano antiguo, por Hartzembusch: n. 10. = El matrimonio y el celibato, por Arolas: n. 12. = Traducción del Adios de Childe-Harold, por Federico Moutadas: n. 14. = Poesía escrita en el Album de la Reina, por Doña Josefa Massanés: A S. M. Doña María Cristina, sonetos: n. 17. = Glosa atrocísima: n. 18. = A. S. M., oda, por V. D. Canseco: n. 20. = A la misma, trovas en antigua fabla castellana, por Duran: Un soneto, por J. G. Buzaran: Octavas, por doña C. Coronado: n. 21. = El salchichon, por Ribot y Fontseré: n. 22. = El poeta dramático, por Gil y Zárate: n. 23. = Doloras, por Campoamor: n. 24. = Al regreso de Cristina, por P. de Madrazo: n. 25. = Poder de la belleza, por Campoamor: n. 27. = Plegaria del Album valenciano dedicado á la Reina Madre, por P. Sabater: n. 28. = Horas perdidas, por Eduardo Asquerino: n. 29. = A la Reina Madre, leída en el Liceo por la Massanés: n. 29. = A Cristina, por Rubió y Ors, n. 30. = Himno á la Reina Madre, por D. A. M. Segovia: Resignación, por D. J. de Grijalba: n. 31. = Al sitio de Sevilla, por D. J. L. Figuerola: n. 32. = A todos los santos, por M. A. Príncipe: n. 33. = La Camelia blanca, por Roca de Togores: n. 34. = Exposición de un ayuntamiento valenciano: n. 35. = La tarde, por D. de Rayon: n. 35. = Canto á la legion expedicionaria de Africa, por Madrazo: n. 35. = Paso de los trovadores, por Milá: n. 36. = Los Misterios de Madrid, por el Curioso Parlante: Historia del amor: Egoismo de la virtud, por Campoamor: n. 37. = El hermitaño de Monserrat, por Zorrilla: n. 38. = Recuerdos al Sr. Duque de Rivas, por Zorrilla: n. 39. = Porvenir de las almas, por Campoamor: Siempre hay por qué llorar, por G. Tejado: n. 40. = A España, por José María de Mora: n. 41. = Baladas alemanas, por Madrazo: n. 42. = Leyenda del Judío errante, de F. C. Schabart, por Madrazo: Fragmento de un drama, por Victor Balaguer: n. 43. = La viuda de Manases, por Zorrilla: A mi querida Enriqueta, por doña Paulina Cabrero: n. 44. = A doña Josefa Massanés, por Vila y Blanco: n. 45. = En la orilla del mar, por Ochoa: n. 46. = O padre mio! por la Massanés: n. 46. = En el album de la Avellaneda, por B. de los Herreros, n. 47. = Catástrofe de Felanitx: n. 48. = A Zorrilla, por el duque de Rivas: n. 49. = María, por Zorrilla: Maldita primavera: El canto del cosaco: n. 51. = Leyes fundamentales, fábula de Campoamor: n. 52. = Olayra y Zamor, por Amparo Lopez del Baño: Rebelión, balada de Madrazo: n. 54. = Poesía escrita en medio de un sueño magnético, por Angela Grassi: n. 56. = A Isabel II, por C. S. Bravo: n. 56.

Crítica dramática.

Las travesuras de Juana: n. 6.—Urg el almogavar: n. 11.—Finezas contra desvíos: n. 12.—El guante de Coradino: n. 15.—La independencia: número 17.—Bandera negra: n. 19.—D. Juan Tenorio: n. 21.—El Primo y el Relicario: El Médico de su honra: n. 23.—D. Trifon: n. 27.—Doña María Coronel: La perla de Barcelona: El Zapatero y el Rey, tercera parte: Roger de Flor: n. 31.—Al César lo que es del César: Venganzas de un pecho noble: Alfonso Munio: n. 32.—La Calumnia: n. 33.—El Médico de su honra, comedia refundida por Hartzembusch: n. 36.—D. Juan de Austria: n. 46.—Los encantos de la voz: A lo hecho pecho: n. 47.—Cuidado con las amigas: n. 49.—El príncipe de Viana: Un Bara: n. 50.—La infanta Galiana: Aviso á las coquetas: n. 55.—Revista de teatros, crónica teatral: n. 56.

Bibliografía.

Creencias y desengaños, novela de D. Ramon de Navarrete: n. 19.—Un verano en España, por M. Agustín Challamel: n. 24.—Vida anecdótica de Luis Felipe: n. 24.—Memorias para la Historia contemporánea, por el marqués de Miraflores: n. 25.—Poesías de Horacio, por D. Javier de Búrgos: número 25.—Devocionario en verso, por Príncipe: n. 34.—Manual del oficial en Marruecos, por D. Serafín Calderon: Historia de Madrid, por D. Agustín Azcona: Afectos de madre, por D. Joan Vila y Blanco: n. 41.—El libro del viajero en Granada: Historia de Granada, por D. M. Lafoente Alcántara: Sevilla pintoresca, por D. José Amador de los Rios: n. 43.—Estudios filosóficos, por D. J. J. Arbolí: Camino del cielo: n. 55.—Revistas del Herald, por Ochoa: ns. 42, 48.